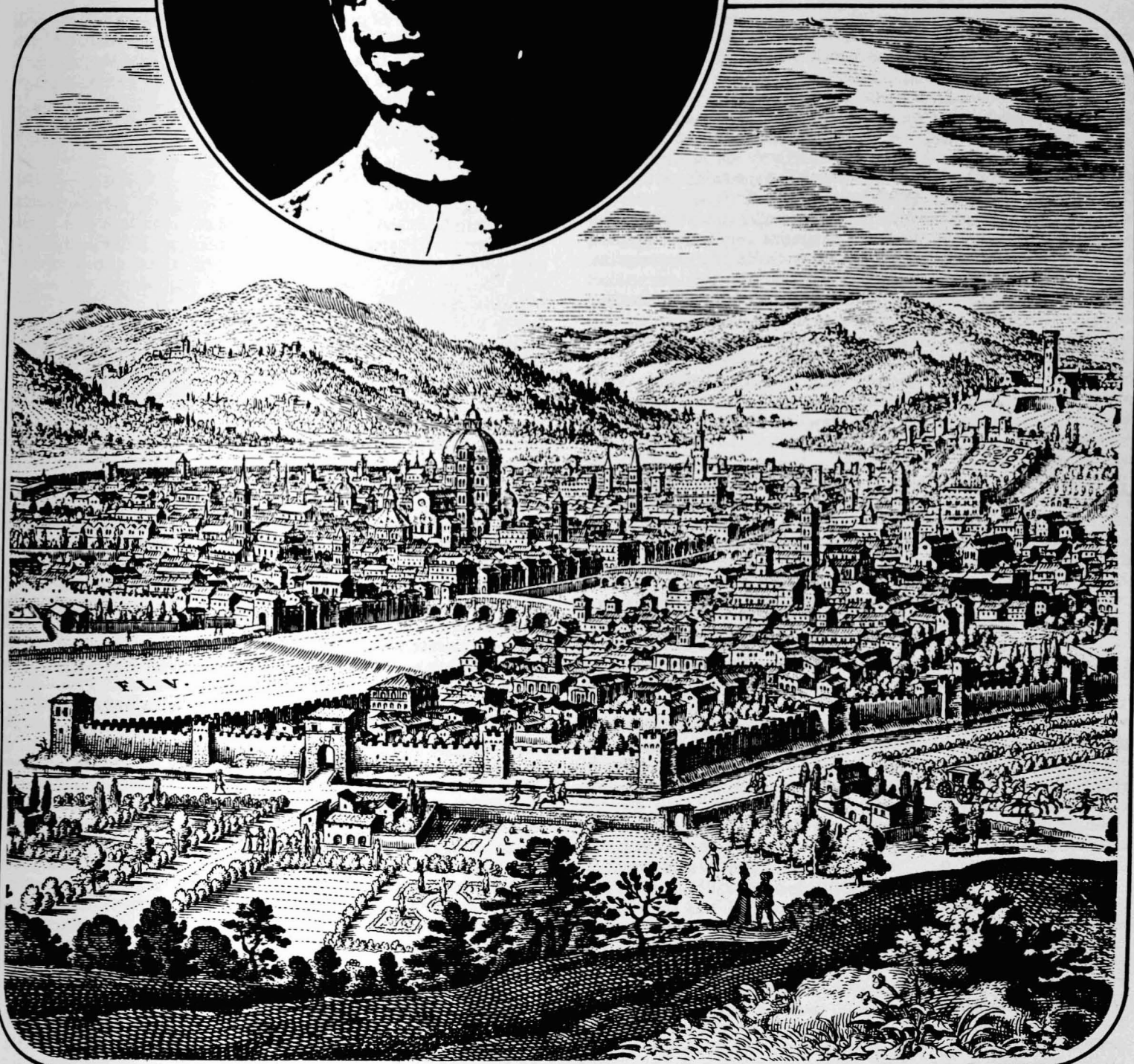
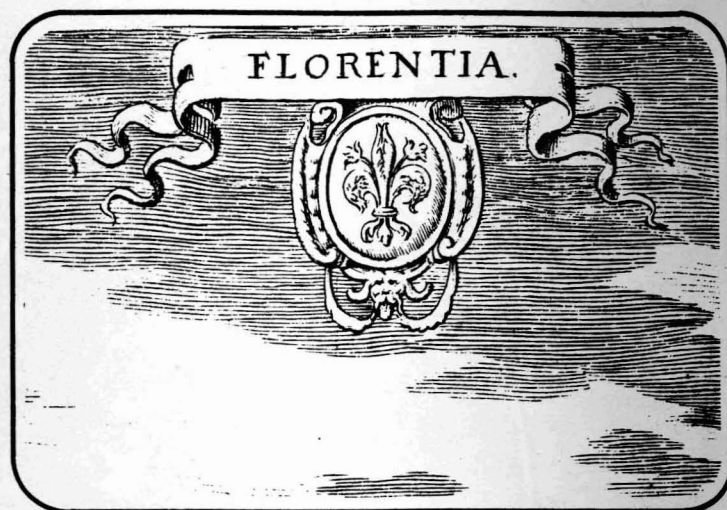


Maquiavelo y El Príncipe



Por Alaíde Foppa





Pocos escritores conservan tan larga fama como Maquiavelo. Perc más que su obra, no muy leída, es su nombre el que se ha ido cargando de significados desde hace cuatro siglos. El diccionario de la Academia incluye el término de "maquiavelismo" con la siguiente definición: "Doctrina de Maquiavelo, italiano del siglo XVI, que aconseja el empleo de la mala fe cuando sea necesaria para mantener la política de un Estado. fig. Modo de proceder con astucia y perfidia." Admitidos también por la Academia de la Lengua, los adjetivos "maquiavélico" y "maquiavelista" con significados afines.

El término se fraguó en el mismo siglo XVI, en Francia, y rápidamente fue adoptado en el resto de Europa; gozó de particular fortuna en Inglaterra. En esa época de agudos conflictos religiosos, fue usado con igual sentido peyorativo por católicos y protestantes: unos veían en Maquiavelo al escritor irreverente ante los valores religiosos (aceptados por su utilidad circunstancial), y contrario a la política temporal de los papas; mientras los otros veían en él al nefasto consejero de los príncipes católicos y, muy particularmente, al inspirador de esa Catalina de Médici, reina de Francia, rodeada de cortesanos florentinos, a quien se hacía responsable de la terrible matanza de San Bartolomé. En Inglaterra se le consideró inspirador de la política de Enrique VIII, a través de Thomas Cromwell su consejero; y Shakespéare usará más tarde el atributo "maquiavélico" con significado muy próximo al de la Real Academia. Inútil decir que en España el rechazo a Maquiavelo fue unánime en la Contrarreforma: para Quevedo, Maquiavelo "el impío moderno", fue símbolo de toda perversión; para Gracián, aunque no esté excluida de su obra la influencia del secretario florentino, su repudio es explícito en el *Criticón* donde llama a los argumentos de *El príncipe* "razones no de Estado, sino de establo". Y, para refutar *El príncipe*, el Padre Ribadeneyra escribe, en 1595, *El Príncipe Cristiano*. Las citas son, naturalmente, a título de ejemplo, ya que la lista de los antimaquiavelistas es muy larga e incluye a escritores y personajes tan ilustres como Campanella y el mismo Federico II de Prusia, que escribió un Antimaquiavelo, presentado y auspiciado por Voltaire.

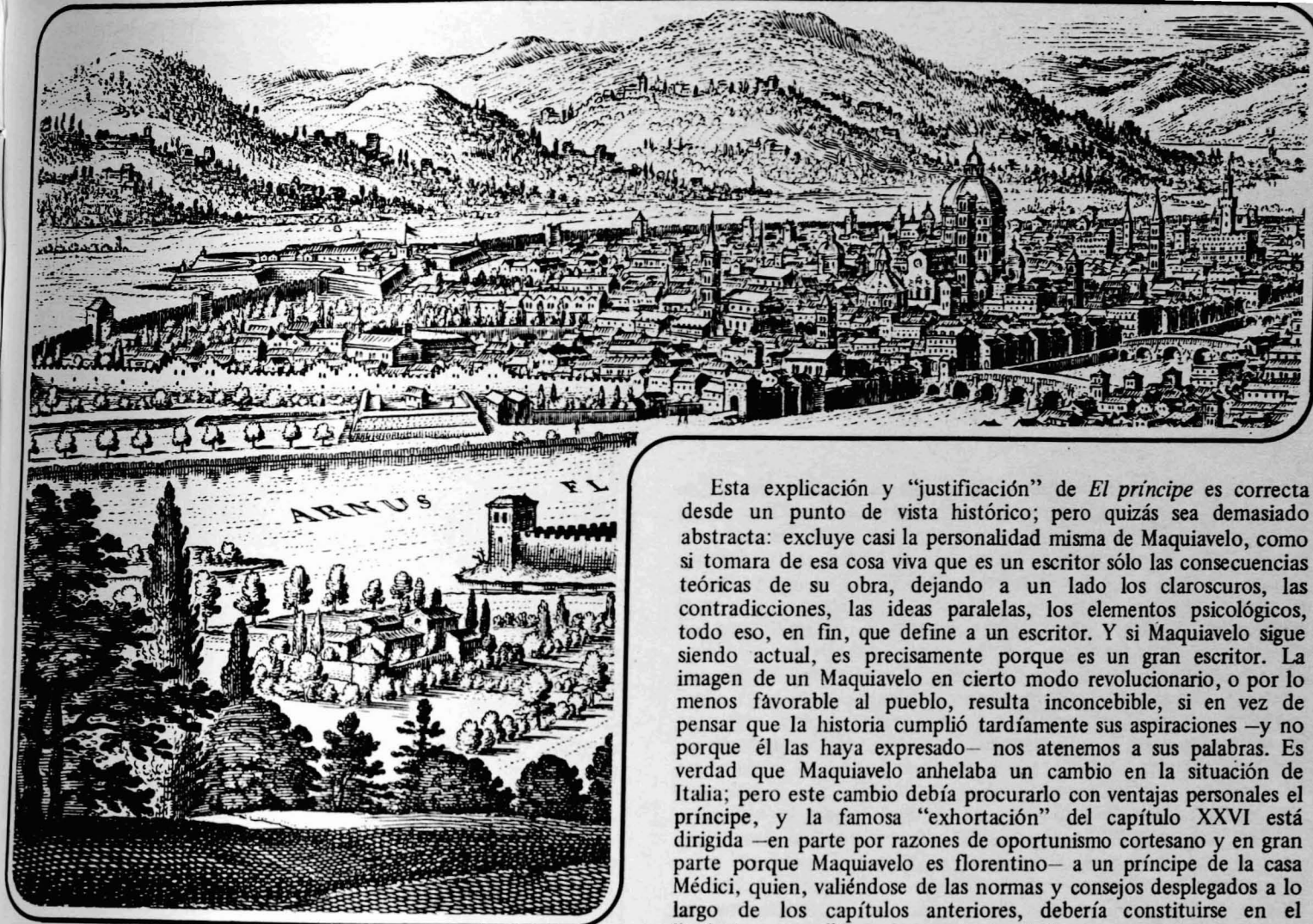
La razón de Estado, fórmula tan discutida en el siglo XVII, está estrechamente relacionada con el pensamiento de Maquiavelo; de ahí que su nombre también siga presente en esa época. La razón de Estado se rechaza, o se admite en parte, con argumentaciones más bien hipócritas o ambiguas, que tratan de salvar las normas morales admitidas. La obra de Maquiavelo no tiene, en cambio, nada de hipocresía; pero sí hay en ella una ambigüedad (y quizás sea ése su aspecto más perturbador, el que tanta lucidez pueda producir ambigüedad), que ha dado lugar —dejando a un lado las críticas más groseras y elementales— a opiniones e interpretaciones tan dispares en el curso del tiempo.

También ha habido "defensores" y hasta panegiristas de Maquiavelo; y es natural que la corriente de valoración y exaltación de Maquiavelo haya surgido precisamente en Italia (aunque también en Italia fue condenado y formalmente censurado por la Iglesia), y se haya afirmado en el siglo XIX, cuando los italianos buscaban ansiosamente la unidad y la independencia de su patria. Ver en Maquiavelo a un precursor de esa idea y a un enamorado de ese ideal

es legítimo, ya que *El príncipe* termina con la ardiente invocación de "un príncipe nuevo" capaz de "librar a Italia de los bárbaros" y de unificar los rivales Estados italianos. Y, para librar a Maquiavelo de toda inmoralidad, he aquí la interpretación romántica, sostenida por Ugo Foscolo con un maquiavelismo muy bien intencionado, según la cual el propósito de Maquiavelo al escribir el famoso tratado, no fue el de enseñar al Príncipe la manera de tiranizar al pueblo, sino el de revelar al pueblo los malos ardidés del Príncipe.

Inútil decir que el tratado del maquiavelismo es precisamente *El príncipe* (su título original es *Sobre los principados*) y que de Maquiavelo se habla como de su autor casi con exclusión de todo lo demás aunque el pequeño libro (26 capítulos que llenan poco más de un centenar de páginas), no represente en extensión ni la vigésima parte de su obra. Nadie, a no ser los historiadores, lee hoy las *Historias florentinas* fuera de Italia. Sin embargo la obra, aunque escrita por encargo de los Médici —y por lo tanto inevitablemente parcial— es una apasionante historia de Florencia, y en parte de Italia, especialmente en la época más cercana a Maquiavelo, desde Cosme el Viejo hasta Lorenzo el Magnífico. Los comentarios o discursos sobre la *Primera década* de Tito Livio, reflejo de la nostálgica admiración de Maquiavelo por la república romana, representan la otra cara de la medalla en relación con *El príncipe* y deberían ser su lectura complementaria, pues ilustran el pensamiento republicano del canciller en contradicción con su ideal de monarquía absoluta. Pero tampoco "I Discorsi" gozaron de popularidad comparable con la del tan discutido tratado. Los *Diálogos sobre el Arte de la guerra* afirman la teoría de *El príncipe*, sobre todo en cuanto se refiere a la necesidad de un ejército nacional, pero no aportan esencialmente nada nuevo. Aún menos conocidas son las obras menores, ya sea de carácter literario o político, aunque la *Vida de Castruccio Castracani* sea un ejemplo feliz de biografía histórica y la breve novela *Belfagor* ilustre muy bien el humor sarcástico del misógino Maquiavelo. Las obras en verso no tienen más interés que el de un ejercicio literario.

Hoy, cerca de *El príncipe* solo perdura *La mandrágora*, que continúa presente en los escenarios y se considera la mejor comedia del Renacimiento italiano. Por otra parte, *La mandrágora*, sin pretensiones doctrinales, puede interpretarse como la aplicación jocosa y en clave doméstica de ese "modo de proceder con astucia y perfidia", usado en este caso, no en beneficio del Estado, sino en el de un amante atrevido que alcanza la satisfacción de sus deseos gracias a un consejero ingenioso, un fraile venal, un marido estúpido y una esposa no insensible a los placeres que sin riesgo se le brindan. Así pues, el dúo *Príncipe-Mandrágora* sigue confirmando en dos planos distintos, el ya proverbial cinismo de Maquiavelo, con la demostración de que cualquier medio es bueno si conduce al fin deseado; lo cual es ir aún más allá de la afirmación de que "el fin justifica los medios" (en el caso de *La mandrágora*, el "fin" es sólo la satisfacción de los amantes), la famosa frase que, por lo demás, Maquiavelo nunca enunció en esos precisos términos.



No sé cuáles aportes haya traído ya a la crítica de Maquiavelo la celebración de los quinientos años de su nacimiento. No faltarán nuevas ediciones de su obra, traducciones, análisis y comentarios filológicos. Pero creo que es sobre todo interesante preguntarse cómo se proyecta sobre nuestro mundo de hoy ese perfil inquietante de hombre lúcido, de cortesano, de estratega, de libertino, de político fracasado y de intelectual por excelencia (aunque el calificativo suene anacrónico), que ya no sorprende por las causas que sorprendió en siglos pasados, pero que sigue ofreciendo la sorpresa siempre renovada de su inteligencia extraordinariamente aguda, la lección siempre válida de su estilo y también —signo inequívoco de la fertilidad de un escritor— la posibilidad de nuevas reflexiones y digresiones.

La interpretación “patriótica” de Maquiavelo, no es quizás la más interesante, aun cuando sea legítima, porque se presta a ser adoptada en una forma demasiado genérica y convencional. El fascismo, por ejemplo, se sirvió mucho de Maquiavelo exaltándolo en nombre de su presentido nacionalismo. En nuestra época, un marxista tan inteligente como Gramsci subrayó el aspecto positivo de Maquiavelo desde un punto de vista no simplemente nacional sino histórico, al señalar que cuando Maquiavelo escribía, pensaba en la unificación de Italia bajo una monarquía absoluta representaba sin duda una concepción “progresista”, ya que Italia se hallaba en evidente inferioridad respecto a las poderosas monarquías de la época. “La conclusión de *El príncipe* —dice Gramsci— justifica todo el libro también ante las masas populares que olvidan realmente los medios empleados para alcanzar un fin, si este fin es históricamente progresivo; es decir, si resuelve los problemas esenciales de la época y establece un orden en el cual sea posible moverse, obrar, trabajar. Al interpretar a Maquiavelo se olvida que la monarquía absoluta era en aquellos tiempos una forma de gobierno popular y que se apoyaba en la burguesía en contra de los nobles y aun del clero”.¹

Esta explicación y “justificación” de *El príncipe* es correcta desde un punto de vista histórico; pero quizás sea demasiado abstracta: excluye casi la personalidad misma de Maquiavelo, como si tomara de esa cosa viva que es un escritor sólo las consecuencias teóricas de su obra, dejando a un lado los claroscuros, las contradicciones, las ideas paralelas, los elementos psicológicos, todo eso, en fin, que define a un escritor. Y si Maquiavelo sigue siendo actual, es precisamente porque es un gran escritor. La imagen de un Maquiavelo en cierto modo revolucionario, o por lo menos favorable al pueblo, resulta inconcebible, si en vez de pensar que la historia cumplió tardíamente sus aspiraciones —y no porque él las haya expresado— nos atenemos a sus palabras. Es verdad que Maquiavelo anhelaba un cambio en la situación de Italia; pero este cambio debía procurarlo con ventajas personales el príncipe, y la famosa “exhortación” del capítulo XXVI está dirigida —en parte por razones de oportunismo cortesano y en gran parte porque Maquiavelo es florentino— a un príncipe de la casa Médici, quien, valiéndose de las normas y consejos desplegados a lo largo de los capítulos anteriores, debería constituirse en el “príncipe nuevo” para las provincias italianas.

En cuanto a los cambios en sí, Maquiavelo ya ha señalado muy expresamente el peligro desde el capítulo II, al señalar que a un “príncipe antiguo” le es más fácil gobernar pues “en la dominación continuada y antigua han desaparecido el recuerdo y las causas de las innovaciones; porque toda mudanza deja la base para establecer otra”. Lo cual significa que los cambios deben procurarse sólo con la seguridad de que benefician al príncipe.

La posición de Maquiavelo es aristocrática; y lo que resulta del todo desconcertante para nuestro tiempo es que la idea de justicia no asome nunca en ese libro que Vossler llamó “un terrible parto de la realidad y de la fantasía”. Es cierto que la utilidad, si es común, o si al menos atañe a la mayoría, puede reemplazar o casi confundirse con la justicia. Pero en *El príncipe*, si la utilidad no concierne únicamente al gobernante, es sólo porque éste necesita de otros, y a veces de la mayoría, para mantener el poder sin demasiadas dificultades. El pueblo nunca es considerado como una mayoría con derechos, y la libertad está vista como un peligro para el príncipe. Sin embargo, un gran escritor toca la verdad, aun por oposición; de ahí que encontremos en el príncipe “el nombre de la libertad” (y no puedo evitar el recuerdo de Paul Eluard) considerado en sí mismo como un fermento indestructible en aquellas repúblicas que gozaron de ese privilegio: “Quien se adueña de una ciudad acostumbrada a vivir libre, y no la destruye, que se prepare a ser destruido por ella; porque siempre la protegen en la rebelión, el nombre de la libertad y sus antiguas ordenanzas; las cuales no pueden hacer olvidar ni el tiempo, ni los nuevos beneficios. Y, cualquier cosa que se haga o se disponga, si no se separa o se destruye a los habitantes, ellos no olvidan aquel nombre ni aquel orden y, más tarde, en cualquier circunstancia recurren a él; como hizo Pisa después de cien años de haber sido sojuzgada por los florentinos. . . En las repúblicas hay mayor vida, mayor odio, más deseos de venganza; ni se pierde, ni deja descanso el recuerdo de la antigua libertad; por eso el mejor camino es el de destruirlas o el de

¹ Antonio Gramsci: *Quaderni dal Carcer* “Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo stato moderno”. Ed. Einaudi, Torino, 1966, p. 118



residir en ellas" (*El príncipe*, Cap. V). Poco antes había dicho que "en verdad, la única manera segura de dominarlas, es la ruina".

Del pueblo habla Maquiavelo en el capítulo IX al decir que se puede llegar a ser príncipe "no por iniquidad o intolerable violencia", sino "con el favor del pueblo o con el favor de los grandes. Ya que en toda ciudad existen estos dos diferentes grupos; y sucede que el pueblo desea no ser sometido ni oprimido por los grandes, y los grandes desean someter y oprimir al pueblo..." Hasta ahí no manifiesta el autor preferencia por uno u otro bando; sin embargo dice más adelante que "es más honesta la aspiración del pueblo que la de los grandes; ya que éstos quieren oprimir, mientras el pueblo sólo desea no ser oprimido". (Concepto expresado también por Maquiavelo en *Historias florentinas*, libro 3o., Cap. I.) Asoma así esa predilección espontánea que Maquiavelo tiene por el gobierno republicano, derivada tanto de su admiración por la república romana, como de su participación en la república florentina, que ya no existe cuando él escribe, en 1513, una y otra de estas obras. Tales expresiones resultan contradictorias respecto al contenido general de *El príncipe* y justifican hasta cierto punto que Foscolo haya podido ver en la obra una denuncia contra los tiranos.

En cuanto al concepto de patria, ¿puede afirmarse que lo más importante en *El príncipe* sea el sentido nacional? Es verdad que el tratado, al ir enumerando las diferentes formas de "principados" va demostrando progresivamente las ventajas de un príncipe capaz de eliminar enemigos, procurarse amigos, equilibrar intereses y unificar voluntades, hasta llegar a ser el "redentor" que Italia necesita y que se invoca en el ya citado capítulo XXVI. Sin embargo, basta una lectura atenta del tratado y de las otras obras para constatar que, comparado con otros temas, el de la patria ocupa un lugar más bien pequeño. Sería además un error pensar que la idea o el sentimiento de patria fueran para Maquiavelo algo similar a lo que "patria" significó para los románticos del Risorgimento. Es cierto que también el concepto de *re-surgir* implica la conciencia de una grandeza anterior, de una gloria perdida, es decir, de esa misma patria-Roma que Maquiavelo invoca; pero, retórica aparte, los italianos del XIX sí lograron una patria unida, nación entre otras naciones, que nada tenía que ver con la antigua Roma, mientras Maquiavelo, a pesar de referirse con datos concretos a la situación contemporánea, soñaba idealmente el *re-nacer* de Roma (aunque el término "Renacimiento" lo formuló Michelet en el siglo XIX, es evidente que los italianos de los XV y XVI —y ya los del Trescientos— estuvieron obsesionados por la idea de revivir, recuperar, repetir, las glorias pasadas), como lo dice también al final del *Arte de la guerra*: "...esta provincia (Italia) parece nacida para resucitar las cosas muertas, como se ha visto en la poesía, la pintura y la escultura". Añoranza manifestada casi dos siglos antes por Petrarca, en cuyos versos, que emplea para cerrar el tratado, Maquiavelo encuentra una ilustre solidaridad:

Virtù contro a furore

Prenderà l'arme; e fia il combatter corto:

Ché l'antico valore

Nelli italici cor non é ancor morto².

Si bien es cierto que el capítulo XXVI y su cierre poético expresan la sincera aspiración de Maquiavelo a mejorar la condición política de Italia, esta aspiración, después de tantas precisiones respecto a la forma de gobernar, se oye más bien vaga. Hay una especie de fractura entre este capítulo un tanto declamatorio y los anteriores, en los cuales Maquiavelo habla con frialdad objetiva de los diferentes tipos de principados y de las necesarias cualidades del príncipe, frialdad que no concuerda con el ardor de la "exhortación". Tampoco creo que Maquiavelo considerase capaz de encarnar al príncipe "redentor", a ese segundo Lorenzo de Médici, que sólo figura en la historia en relación con otros: por haber sido el destinatario de *El príncipe*, en primer lugar; por ser padre de Catalina, reina de Francia, y por estar sepultado en una de las espléndidas tumbas de Miguel Ángel. . . Quién sabe si llegó a leer el "Opusculo" que Maquiavelo decidió dedicarle sólo tres años después de haberlo escrito, en un acto de oportunismo al cual quizás no se decidía fácilmente. La imagen de Cesar Borgia, sí era una imagen real, y es muy posible, como se supone, que haya sido el modelo del príncipe, pero el famoso Valentino había muerto en 1513 y, por lo demás, su carrera política ya había sido quebrada años antes de su muerte por "una extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna" (Cap. VII). Si tenemos en cuenta estas circunstancias, la "exhortación" aparece, más que como una iniciativa o propuesta, como un desahogo lírico, como un "cri du coeur"—ya que Maquiavelo lamentaba sinceramente los males de Italia— y como la reiteración de esa añoranza de gloria pasadas, que viene desde Petrarca y llega hasta D'Annunzio.

Se ha dicho mucho que el mérito principal de Maquiavelo reside en el haber separado por primera vez la política de la moral, y de cualquier otra actitud o disciplina que no sea estrictamente el arte de

2 La virtud tomará las armas contra el furor; y será corta la batalla, pues en el corazón de los italianos aún no ha muerto el antiguo valor.



gobemar. Los escritores políticos que lo preceden —desde Aristóteles, y pasando por Platón, San Agustín, Dante, etc. hasta llegar a los contemporáneos— todos pensaron en un mundo mejor que el existente, y pretendieron establecer algunas normas, sobre todo morales, para realizarlo. En el tiempo de Maquiavelo empieza también un ciclo de utopías. Precisamente la *Utopía* —el país que no existe— de Thomas Moore, fue escrito en 1516, tres años después que *El príncipe*. En oposición a las utopías, a los lugares inexistentes, Maquiavelo nos describe el mundo de la política como es, o en todo caso como su experiencia se lo revela: un mundo poblado de egoísmos, rapacidad y ambiciones encontradas. El mismo está muy consciente de esta diferencia al decir: “Siendo mi intención la de escribir algo útil para quien lo entienda, me pareció más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa, y no tras su imaginación. Muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni conocido en la realidad. Pero el cómo se vive está tan lejano del cómo se debería vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación; porque un hombre que quiera hacer en todo profesión de bueno, es natural que fracase entre tantos que no son buenos. Por lo cual es necesario que un príncipe, si quiere perdurar, aprenda a poder no ser bueno, y serlo o no serlo según la necesidad” (Cap. XV). Fácil es reconocer en todo esto —actitud confirmada en la mayor parte de la obra— el tan subrayado realismo de Maquiavelo. Resulta, pues, curioso sorprender, infiltrada subrepticamente en esa sólida y lógica construcción, una utopía. . . Se le podría llamar la Gloria, es la única irrealidad o sueño que se permite Maquiavelo; y quizás se lo permite porque es también la única irrealidad que se permitieron los realistas romanos. En el caso de Maquiavelo, el sueño es verdaderamente patético, pues la gloria, la grandeza, concebida a la romana como apogeo e imperio político, está muy lejos de una Italia fragmentada y discorde, campo de batalla para las rivalidades de ambiciosas potencias extranjeras. Por eso, desde el punto de vista histórico, el supuesto nacionalismo de Maquiavelo quizás no sea del todo válido; o por lo menos su visión histórica resulte inconciliable con su realismo político; ya que en su Maquiavelo realista, atenido a la “verità effettuale della cosa”, y no a construcciones imaginarias, un Maquiavelo que tomara en consideración las circunstancias del país, no podía creer en la realización próxima de una monarquía italiana independiente. Se puede afirmar, por supuesto, que el sueño de Maquiavelo se realizó algunos siglos después, y valorizar su sentido profético; pero lo mismo podemos decir de algunas “imaginaciones”, que aparecen en la *Utopía* de Moore, o en la *Ciudad del sol* de Campanella.

Otro lado por el cual vemos infiltrarse en el realismo de Maquiavelo un elemento que está fuera de la realidad es la tan señalada oposición entre virtud y fortuna, repetida con tanta frecuencia en toda la obra. El acercamiento sugiere claramente el margen que el escritor lógico y concreto deja a lo vago e imprevisible. La virtud, término que en el Renacimiento tiene un sentido esencialmente práctico e intelectual, es la capacidad de realizar, quizás la energía, el saber hacer, o el hacer las cosas de la mejor manera (ese significado, aunque circunscrito, perdura en el

calificativo “virtuoso”, aplicado a quien practica un arte con maestría), y por lo tanto es algo real, cuyos efectos pueden ser calculados. La fortuna, en cambio —otra herencia de la tradición latina—, es una diosa ciega y caprichosa, cuyos designios son desconocidos: es la irrealidad que se infiltra en la realidad. Lo más que puede hacer Maquiavelo es aconsejar al príncipe que esté preparado para lo posible. . . Y el elemento indefinido y misterioso introduce en el estricto desarrollo de argumentos lógicos, en el programa razonado y casi esquemático que Maquiavelo propone, una sugestiva apertura poética. El primer capítulo de *El príncipe* se inicia con una afirmación que parece un postulado matemático —“Todos los Estados, todos los dominios que han tenido o tienen imperio sobre los hombres, han sido y son o repúblicas o principados”— pero termina con una frase, que si bien, desde el punto de vista de la construcción, cierra con clara simetría el periodo, plantea dos disyuntivas cuyos términos, en la primera, son reales, pero en la segunda, permiten que asome por primera vez la sombra fugaz de la fortuna: “. . . y se adquieren con las armas ajenas o con las propias, o por fortuna, o por virtud”. Casi no hay página en el tratado donde la fortuna no presente su rostro ambiguo. Una vez la representa Maquiavelo como un río que se desborda, y otra la asimila a la mujer, manifestando en esta ocasión el poco aprecio que de las mujeres tiene: “. . . y como la fortuna es mujer, es necesario atacarla y golpearla si la queremos mantener sometida”, lo que suena un poco como desesperada reacción ante lo inasible. . .

También se ha dicho muchas veces que hay dos Maquiavelos; con ello se pretende oponer al autor de *La mandrágora*, el autor de *El príncipe*, es decir, al satírico y libertino, el serio y austero. Pero quizás no se haya visto a los dos Maquiavelos que aparecen en *El príncipe* mismo y a veces en la misma página: el observador analítico de la realidad y el nostálgico enamorado de la gloria; el exaltador de la virtud y el temeroso de la fortuna; el implacable espectador del presente y el que sueña la resurrección del pasado.

La carta a Francesco Vettori, que aquí reproducimos, suele citarse como la manifestación más clara de los dos Maquiavelos, ya que de las palabras del protagonista mismo nacen dos imágenes diferentes. Nuevos aspectos podrían observarse en esta otra oposición; pero lo cierto es que se trata indudablemente de dos personajes, casi en el sentido teatral, de los cuales, uno recurre hasta al cambio de traje para personificarse mejor. El uno bebe y juega en la taberna con los campesinos de San Casciano, participando de sus intereses, chismes y rencillas; el otro, vestido de las mejores galas y rodeado de soledad nocturna, dialoga con los grandes del pasado.

El príncipe fue escrito en esas horas de diálogo imaginario, y el último capítulo nació de una exaltada transposición al pasado. No es, sin embargo, el mejor capítulo, porque el mejor y más auténtico Maquiavelo no es precisamente el Maquiavelo áulico, ni tampoco el lírico y nostálgico, sino el más lúcido y despiadado, el amargo, el pesimista, el que cree reflejar la realidad porque refleja, como todo escritor verdadero, su realidad, que sorprendemos a veces amenazada, o perturbada, por invisibles irrealidades.
